

Traducción
La pandemia del miedo
Project Syndicate

15 de enero de 2021

Ivan Krastev¹

Un año de encierros, autoaislamiento y distanciamiento social ha permitido reflexionar mucho sobre lo que significa vivir en una sociedad globalizada y conectada digitalmente. Si bien la pandemia del COVID-19 ha llevado a muchos países hacia adentro, también ha colapsado la distancia entre nosotros como nunca antes.

SOFIA - “Lo primero que trajo la plaga a nuestro pueblo fue el exilio”, apunta el narrador de La plaga de Albert Camus. En estos días, tenemos un sentido agudo de lo que quiso decir. Una sociedad en cuarentena es literalmente una “sociedad cerrada” en la que todos, excepto los trabajadores esenciales, ponen su vida en suspenso. Cuando las personas están aisladas en sus hogares y perseguidas por el miedo, el aburrimiento y la paranoia, una de las pocas actividades que no cesa es la discusión sobre el virus y cómo podría transformar el mundo del mañana.

En este nuevo mundo, muchos gobiernos (benévolos o no) siguen de cerca a dónde vamos y con quienes nos reunimos, con la determinación de protegernos de nuestra propia imprudencia y la de nuestros conciudadanos. El contacto con otras personas se ha convertido en una amenaza para la propia existencia. En muchos países, las caminatas no autorizadas en el parque pueden provocar multas o incluso penas de cárcel, y el contacto físico no solicitado se ha convertido en una especie de traición social.

Como observó Camus, una plaga borra la "singularidad de la vida de cada hombre", ya que aumenta la conciencia de cada persona de su vulnerabilidad e impotencia para planificar el futuro. Es como si la muerte se hubiera mudado a la puerta de al lado. Después de una epidemia, todos los que viven pueden reclamar el título de "sobreviviente".

Pero, ¿cuánto durará el recuerdo de nuestra propia plaga? ¿Será que en pocos años lo recordaremos como una especie de alucinación masiva provocada por “una escasez de espacio compensada por un exceso de tiempo”, como describió una vez el poeta Joseph Brodsky en la existencia de un prisionero?

En su maravilloso libro *Pale Rider*, la escritora científica Laura Spinney muestra que la pandemia de gripe española de 1918-20 fue el evento más trágico del siglo XX, al menos en términos de pérdida de vidas por una sola causa. El número de muertos superó al de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, e incluso puede haber matado a tantas personas como ambas juntas. Sin embargo, como señala Spinney, "cuando se le pregunta cuál fue el mayor desastre del siglo XX, casi nadie responde: la gripe española".

¹ Ivan Krastev es presidente del Centro de Estrategias Liberales de Sofía y miembro permanente del Instituto de Ciencias Humanas de Viena. Es el autor, más recientemente, de *¿ya es el mañana? Paradojas de la pandemia*.

Más sorprendentemente, incluso los historiadores parecen haber olvidado la tragedia. En 2017, WorldCat, el catálogo de bibliotecas más grande del mundo, enumeró aproximadamente 80,000 libros sobre la Primera Guerra Mundial (en más de 40 idiomas), pero apenas 400 sobre la gripe española (en cinco idiomas). ¿Cómo puede ser que una epidemia que mató al menos a cinco veces más personas que la Primera Guerra Mundial haya resultado en 200 veces menos libros? ¿Por qué recordamos las guerras y las revoluciones, pero nos olvidamos de las pandemias, que afectan nuestras economías, políticas y sociedades de manera tan fundamental?

La respuesta de Spinney es que es difícil convertir una pandemia en una historia convincente entre el bien y el mal. Sin una trama o una moraleja general, las epidemias son como las series de Netflix donde el final de una temporada simplemente sirve como una pausa antes del comienzo de la siguiente. La experiencia de la pandemia es una en la que todo cambia, pero no pasa nada. Se nos pide que preservemos la civilización humana quedándonos en casa y lavándonos las manos. Como en una novela modernista, toda la acción ocurre en la mente del narrador. En mi propio relato de la era COVID-19, los únicos objetos físicos memorables serán los boletos de avión que nunca se usaron y las máscaras faciales que se usaron una y otra vez.

Y sin embargo, en el momento en que uno sale a la calle, se da cuenta de cuánto ha cambiado. Como muchas de mis cafeterías favoritas en Viena y Sofía, mi librería favorita en Washington, DC, han cerrado. Como una bomba de neutrones, el COVID-19 está destruyendo nuestro estilo de vida sin dañar nuestro mundo material. Durante gran parte de 2020, los aeropuertos fueron algunos de los lugares más tristes del mundo: vacíos, silenciosos, con solo unos pocos pasajeros deambulando por las terminales como fantasmas. La mayor libertad de movimiento durante las últimas tres décadas, la facilidad con la que se mezclaron personas de diferentes clases sociales, se había convertido en un poderoso símbolo de la globalización. Ahora, esa libertad ha sido relegada a la historia, o al menos suspendida indefinidamente.

Mientras tanto, todos los mensajes públicos que instan a las personas a quedarse en casa han provocado una reflexión metafísica. El hogar es donde uno quiere estar cuando se enfrenta a un peligro grave. Cuando mi familia y yo nos dimos cuenta de que nos enfrentamos a un período prolongado de distanciamiento social, nos sorprendimos al decidir regresar a Bulgaria.

Esta no fue exactamente una decisión racional. Hemos vivido y trabajado en Viena durante una década, amamos la ciudad y el sistema de salud austriaco es mucho más confiable que el de Bulgaria. Lo que nos trajo de regreso a Bulgaria fue el entendimiento de que deberíamos "quedarnos en casa". Hogar, para nosotros, significa Bulgaria. En tiempos de crisis, queríamos estar más cerca de las personas y lugares que hemos conocido de toda la vida. No estábamos solos: 200.000 búlgaros que vivían en el extranjero hicieron lo mismo.

Así como muchas personas han buscado refugio en sus países de origen, también han encontrado consuelo en sus idiomas nativos. En momentos de gran peligro, hablamos casi inconscientemente en nuestra lengua materna. En mi propia infancia en Bulgaria, aprendí una valiosa lección viendo películas soviéticas sobre la Segunda Guerra Mundial. Uno de los momentos más peligrosos para

las espías soviéticas en el Reich de Hitler fue el parto, porque involuntariamente gritarían en su ruso nativo. Quedarse en casa significaba permanecer en su lengua materna y mantenerse a salvo.

Una de las grandes ilusiones ópticas de la globalización del siglo XXI es que solo las personas móviles y de la jet set son verdaderamente cosmopolitas, y que solo aquellos que se sienten como en casa en diferentes lugares pueden mantener una perspectiva universalista. Después de todo, el cosmopolita canónico, Immanuel Kant, nunca abandonó su ciudad natal de Königsberg, que a su vez perteneció a diferentes imperios en diferentes épocas. Kant encarnó la misma paradoja que el COVID-19, que ha hecho al mundo más global incluso cuando ha vuelto a los estados-nación contra la globalización.

Por ejemplo, el "autoaislamiento" y el "distanciamiento social" han abierto la mente europea. Cerrar las fronteras entre los estados miembros de la UE y encerrar a las personas en sus apartamentos nos ha hecho más cosmopolitas que nunca. Para quienes tienen acceso a la tecnología de las comunicaciones, la pandemia no ha marcado el comienzo de la desglobalización sino de la deslocalización. Nuestros vecinos geográficos no están más cerca que nuestros amigos y colegas en el extranjero; nos sentimos más cerca de los locutores de televisión que de la gente de la calle.

Quizás por primera vez en la historia, la gente ha estado teniendo las mismas conversaciones sobre los mismos temas. Todos hemos compartido el mismo miedo. Al quedarse en casa y pasar incontables horas frente a las pantallas, las personas han sido testigos de las similitudes entre sus propias experiencias y las de los demás. Puede que sea un momento histórico pasajero, pero no podemos negar que hemos llegado a comprender lo que se siente al vivir en un mundo.